

ba, de doble hoja, que exhibían las estrellas de oro de sus maderas. La sala, hasta entonces medio vacía, se iba llenando poco á poco. Los grupitos que, dominados por el aburrimiento, hablaban de banco á banco, los dormilones ahogando sus bostezos, sentíanse amenazados en la creciente marea, en medio de una considerable distribución de apretones de manos. Al tomar asiento en sus sitios, lo mismo á la derecha que á la izquierda, los miembros se sonreían; tenían aspecto de familia, rostros por igual penetrados del sagrado deber que iban á cumplir en aquel recinto. Un señor grueso, en el último banco de la izquierda, que se había entregado á Morfeo más de la cuenta, fué despertado por su vecino; y cuando éste le hubo insinuado algunas palabras al oído, apresuróse á restregarse los ojos, tomando una posición conveniente. La sesión, después de haberse arrastrado con pesadez, por tratarse de asuntos fastidiosos en demasía para aquellos señores, iba por último á revestir un interés capital.

Empujados por la multitud, el señor Kahn y sus dos colegas subieron hasta sus respectivos bancos, sin que de ello se percataran. Continuaron hablando y ahogando sus risitas. El señor La Rouquette refería un nuevo lance referente á la bella Clorinda. Ocurriósele un día el extravagante capricho de tapizar su habitación con colgaduras negras tachonadas de lágrimas de plata, y de recibir allí á sus íntimos, tendida en su lecho, envuelta en colchas,

así mismo negras, que no permitían ver más que la punta de la nariz.

El señor Kahn tomaba asiento, cuando de repente volvió en sí.

—Ese La Rouquette es un verdadero babeiaca cuando se descuelga con tales chinchorros de comadre—dijo para sí.—¡Ahora he perdido la coyuntura de ver á Rougón!

Y volviéndose hacia su vecino hecho una furia:

—Pero oiga usted, Béjuin; bien podía usted haberme prevenido.

Rougón, que acababa de ser introducido con el ceremonial de costumbre, había tomado asiento entre dos consejeros de Estado, en el banco de los comisarios del gobierno, una especie de enorme caja de caoba, instalada en la parte baja de la mesa presidencial, en el mismo sitio en que se hallaba la tribuna suprimida. Con sus anchos hombros y espaldas parecía amenazado de reventar el uniforme de paño verde, recargado de oro en el cuello y en las bocamangas. Con el rostro vuelto hacia la sala, con su opulenta cabellera gris caída sobre la cuadrada frente, apagaba la mirada bajo los carnosos párpados, siempre medio caídos; y la gran nariz, los labios abiertos en plena carne, las abultadas mejillas en las cuales sus cuarenta y seis años no dibujaban la menor arruga, ofrecían una ruda vulgaridad, que la belleza de la fuerza transfiguraba con sus destellos. Permaneció retrepado en el asiento, con toda tranquilidad, con la barba hundida

en el cuello del uniforme, sin parecer ver á nadie, con el semblante indiferente y un tanto hastiado.

—Tiene su aspecto de cada día—dijo en voz queda Béjuin.

Los diputados se inclinaron en sus bancos para ver qué cara ponía. Un cuchicheo de discretas observaciones corría de oído en oído. Mas la entrada de Rougón producía viva impresión sobre todo en las tribunas. Los Charbonnel, para demostrar que se hallaban allí, alargaban su par de rostros entusiasmados, con riesgo de dar con sus humanidades en tierra. Madama Correur tenía un poco de tos y sacaba un pañuelo que agitaba ligeramente, so color de llevárselo á los labios. El coronel Jobelin se había enderezado, y la seductora señora de Bouchard, habiéndose vuelto á bajar al primer banco, bufaba un tanto, al rehacer el nudo del sombrero, mientras que el señor d'Escorailles, á su espalda, permanecía mudo y en extremo contrariado. La bella Clorinda no se molestaba lo más mínimo. Viendo que Rougón no alzaba los ojos, púsose á dar golpecitos con sus gemelos sobre el mármol de la columna en que se apoyaba; mas como continuase sin mirarla, dijo á su madre, con voz tan clara, que toda la sala la oyó:

—¡Está de morros, el muy socarrón!

Algunos diputados se volvieron, sonriéndose. Rougón se decidió á dirigir una mirada á la bella Clorinda. Entonces, en la creencia de que la dirigía un imperceptible saludo con la cabeza, ella, radiante

de triunfo, batió palmas, se retrepó riendo, hablando en alta voz á su madre, sin que la importasen un comino todos aquellos hombres de allá abajo que la señalaban con el dedo.

Rougón, con toda lentitud, antes de volver á bajar los párpados, había recorrido con la vista las tribunas, y su amplia mirada envolvió á un tiempo á madama Bouchard y á los Charbonnel. Su rostro permaneció mudo. Volvió á hundir la barba en el cuello del uniforme, con los ojos medio entornados y ahogando un ligero bostezo.

—De todos modos, voy á decirle dos palabras—susurró el señor Kahn al oído del señor Béjuin.

Pero al levantarse, el presidente, que desde hacía un instante se aseguraba de que todos los diputados ocupaban su puesto, dió un campanillazo magistral. Y, de repente, reinó un profundo silencio.

Un caballero rubio estaba en pie en el primer banco, un banco de mármol amarillo, con antepecho de mármol blanco. Tenía en la mano un papelote, del que no apartaba la vista, sin dejar por ello de hablar.

—Tengo el honor—dijo con voz musical,—de presentar un informe sobre el proyecto de ley dirigido al ministerio de Estado, sobre el ejercicio de 1856, referente á un crédito de cuatrocientos mil francos, para los gastos del ceremonial y de las fiestas del bautizo del príncipe imperial.

Y hacía ademán de ir á depositar el informe, con

mesurado andar, cuando todos los diputados, al unísono, gritaron:

—¡La lectura, la lectura!

El informante esperó á que el presidente hubiese dispuesto que la lectura se efectuara; y empezó con acento casi de ternura:

«—Señores; el proyecto de ley que nos ha sido »presentado es de aquellos que hacen parecer lentas »en demasía las formas ordinarias de la votación, »en atención á que retardan el espontáneo ímpetu »del Cuerpo legislativo».

—¡Muy bien!—gritaron muchos miembros.

«—Entre las familias más humildes—prosiguió el informante modulando cada frase,—el nacimiento »de un hijo, de un heredero, con todas las ideas de »transmisión que se relacionan con este título, asunto es de tan jubilosa alegría, que las desventuras »del pasado se olvidan, y que tan sólo la esperanza se cierne sobre la cuna del recién nacido. Mas, »¿qué decir sobre esta fiesta del hogar, cuando es al »propio tiempo la de una gran nación, y que es también un acontecimiento europeo?».

Entonces el alborozo no tuvo límites. Aquel arranque de retórica dejó túrutata á la Cámara. Rougón, que parecía dormir, no veía delante de sí, sobre las gradas, más que rostros entusiasmados. Ciertos diputados exageraban su atención, llevándose las manos á las orejas para no perder un punto de aquella prosa alambicada. El informante, tras de breve pausa, alzaba la voz:

«—Aquí, señores, se trata, en efecto, de la gran »familia francesa, que invita á todos sus miembros á »expresar su alegría; y cuánta pompa no se necesitaría, á ser posible que las manifestaciones exteriores pudiesen responder á la grandeza de sus »legítimas esperanzas!»

Y se vino con una nueva pausa.

—¡Bien, muy bien!—gritaron las mismas voces.

—Eso es hablar con delicadeza—hizo notar el señor Kahn,—¿no le parece á usted Béjuin?

El señor Béjuin mecía la cabeza, con los ojos fijos en la araña que pendía del hueco acristalado, delante de la mesa presidencial. Disfrutaba que era un contento.

En las tribunas, la bella Clorinda, asestados los gemelos, no perdía un rasgo de la fisonomía del ponente; los Charbonnel tenían húmedos los ojos. Madama Correur tomaba la afectada actitud de la mujer de gran tono; mientras que el coronel daba muestras de aprobación con la cabeza y mientras la linda señora de Bouchard se dejaba caer sobre las rodillas del señor d'Escorailles. Sin embargo, tanto el presidente, como sus secretarios, y hasta los ujieres, escuchaban sin pestañear, solemnemente.

«—La cuna del príncipe imperial—continuó el informante,—es en lo sucesivo la seguridad para el »porvenir; ya que, perpetuando la dinastía que en »masa hemos aclamado, asegura la prosperidad de la »nación, su reposo en la estabilidad, y, por ende, »la del resto de Europa».

¡Qué de chists! ¡chists! hubieron de impedir que el entusiasmo estallara ante aquella conmovedora imagen de la cuna.

«—En otra época, un vástago de esta ilustre sangre parecía también prometido á grandes destinos, pero los tiempos no tienen semejanza alguna. Esa paz es el resultado del reinado sabio y profundo, cuyos frutos recogemos, así como el genio de la guerra dictó el poema épico que constituye el primer Imperio.

»Saludado á su venida al mundo por el cañón que, desde el Norte al Mediodía, proclamaba el éxito de nuestros ejércitos, el rey de Roma no tuvo siquiera la fortuna de servir á su patria; tales fueron entonces las enseñanzas de la Providencia».

—¿Qué es lo que dice? parece que va muy lejos —murmuró el escéptico señor La Rouquette.—Todo ese pasaje es una insigne torpeza; va á deslucir cuanto ha dicho hasta ahora.

En realidad, todos los diputados parecían inquietos. ¿A qué venía aquel recuerdo histórico que menoscababa su celo? Algunos había que se sonaban; pero el informante, sintiendo el frío producido por su última frase, se sonrió. Alzó la voz y prosiguió su antítesis, contrapesando las palabras, seguro del efecto que habían de producir.

«—Pero venido en uno de estos días solemnes en que el nacimiento de uno solo debe ser considerado como la salvación de todos, el Hijo de Francia parece darnos en el día de hoy, tanto á nosotros como

»á las generaciones futuras, el derecho de vivir y de morir en el hogar paterno. Este es para adelante la prenda de la clemencia divina».

Aquello fué una cascada de frases exquisitas. Todos los diputados comprendieron, y un murmullo de satisfacción recorrió la sala. La seguridad de una paz eterna no podía ser más halagüeña. Aquellos señores, tranquilizados, volvieron á sus encantadoras actitudes de hombres políticos que hacían un despilfarro de literatura. Podían vivir descansados. Europa entera pertenecía á su amo y señor.

«—El emperador, convertido en árbitro de Europa—proseguía el informante con nueva expansión,—iba á firmar paz tan generosa, que, reuniendo las productoras fuerzas de la nación, constituye la alianza de los pueblos, lo mismo que la de los reyes, cuando plugo á Dios colmar su felicidad al propio tiempo que su gloria. ¿No hay motivo para pensar que, desde este punto y hora, entrevió años sin cuento de prosperidad, al contemplar esa cuna en que descansa, tan tierno aún, el continuador de su gran política».

Muy bonita resultaba también aquella imagen. Y aquello con seguridad estaba permitido; algunos diputados lo afirmaban, moviendo con dulzura la cabeza. Pero el informe empezaba á parecer un si es ó no es largo. Muchos de los miembros recobraban su gravedad; muchos había que hasta miraban á las tribunas con el rabillo del ojo, como gente práctica que experimenta cierta contrariedad al pre-

sentarse por tal modo, en el vestido casero de su política; habíalos así mismo que se distraían, con su faz terrosa, pensando en sus negocios y volviendo á dar golpecitos con las yemas de los dedos en sus pupitres de caoba; y, por modo vago, pasaban por su memoria antiguas sesiones, antiguas abnegaciones, que aclamaban poderes para la cuna. El señor La Rouquette se volvía con frecuencia para ver la hora; cuando la aguja señaló las tres menos cuarto, hizo un gesto de desesperación; iba á faltar á una cita. A su lado, el señor Kahn y el señor Béjuin permanecían inmóviles, con los brazos cruzados, con los párpados en movimiento constante, pasando la vista desde los grandes testers de terciopelo verde al bajo relieve de mármol blanco, que la levita del presidente manchaba de negro. Y, en la tribuna diplomática, la bella Clorinda, con los gemelos siempre encarados, habíase puesto á examinar detenidamente á Rougón, quien conservaba en su banco la actitud soberbia de un toro amodorrado.

A todo esto, el informante, no se daba la menor prisa, leyendo para sí, con movimiento rítmico y beatífico de los hombros.

«—Tengamos, pues, plena y entera confianza, y que el Cuerpo legislativo, en esta grande y solemne ocasión, haga memoria de su paridad de origen con el emperador, la cual le presta casi un derecho de familia más que á los otros cuerpos del Estado, para asociarse á las alegrías del soberano.

»Hijo, como él, del libre sufragio del pueblo, el

»Cuerpo legislativo se convierte en este instante en la voz misma de la nación, para ofrecer al augusto infante el homenaje de un inalterable respeto, de una abnegación á toda prueba, y ese amor sin límites que hace de la fe política una religión, cuyos deberes se bendicen».

Esto debía de irse acercando al final, ya que se trataba de homenaje, de religión y de deberes. Los Charbonnel se aventuraron á cambiar sus impresiones en voz queda, en tanto que madama Correur ahogaba una ligera tos en su pañuelo. La señora de Bouchard, volvió, como quien no hacía la cosa, á subir al fondo de la tribuna del Consejo de Estado, junto al señor Julio d'Escorailles.

En efecto, el informante, cambiando bruscamente de acento, bajando del tono solemne al familiar, masculló rápidamente:

«—Os proponemos, señores, la aprobación pura y sencilla del proyecto de ley, tal como ha sido presentado por el Consejo de Estado».

Y tomó asiento, en medio de un gran rumor.

—¡Muy bien, muy bien!—exclamó toda la sala.

Estallaron los bancos. El señor de Combelot, cuya sonriente atención no se había desmentido un minuto, hasta llegó á lanzar un: ¡Viva el emperador! que se perdió en medio del ruido. Y se hizo casi una ovación al coronel Jobelin, que se hallaba en pie, á orillas de la tribuna en que se encontraba solo, entregándose á aplaudir con sus secas manos, á pesar de las disposiciones del reglamento. Todo el éxtasis

de las primeras frases volvía á parecer con nuevo desbordamiento de congratulaciones. Era aquel el final de la imposición. De uno á otro banco, cruzábanse palabras cariñosas, mientras que un aluvión de amigos se precipitaba hacia el informante, para estrecharle enérgicamente las dos manos.

Después, en medio del tumulto, una voz no tardó en dominar.

—¡La discusión, la discusión!

El presidente, en pie delante de la mesa, parecía esperar aquel grito. Tocó el timbre, y en la sala, súbitamente respetuosa, dijo:

—Señores, un gran número de miembros pide que se pase inmediatamente á la discusión.

—¡Sí, sí!—apoyó con un solo clamor la Cámara entera.

Y no hubo discusión. Se votó sin perder momento. Los dos artículos del proyecto de ley, puestos sucesivamente á votación, fueron adoptados, quedando sentados los que aprobaban. No bien el presidente daba fin á la lectura del artículo, cuando de arriba abajo de las gradas, todos los diputados se levantaban en masa, con gran ruido de pies, como impulsados por un arranque de entusiasmo. Después las urnas circularon, los ujieres pasaron por entre los bancos, recogiendo los votos en las cajas de zinc. El crédito de cuatrocientos mil francos quedaba concedido por la unanimidad de doscientos treinta y nueve votos.

—Ya hemos hecho la buena obra—dijo ingenua-

mente el señor Béjuin, quien se puso á reir acto seguido, creyendo haber soltado una idea ingeniosa.

—Tiempo hace que dieron las tres y yo me largo—murmuró el señor La Rouquette, pasando por delante del señor Kahn.

La sala iba despejándose. Unos diputados, pasito á paso, llegaban á las puertas y parecían desaparecer en las paredes. La orden del día llamaba á la discusión de las leyes de interés local.

Muy pronto no quedaron en los bancos sino los miembros de buena voluntad, sin duda aquellos á quienes aquel día no les llamaba fuera ningún interés particular; continuaron su interrumpido sueño, ó reanudaron su conversación en el punto en que la habían interrumpido; y la sesión quedó terminada, como había empezado, en medio de tranquila indiferencia. Hasta el sordo y confuso murmullo fué extinguiéndose poco á poco, como si el cuerpo legislativo se hubiese entregado completamente al sueño, en un rincón de París silencioso.

—Oiga usted, Béjuin—preguntó el señor Kahn,—procure usted á la salida hacer hablar á Delestang. Ha venido con Rougón y debe de saber algo.

—¡Calle! tiene usted razón, es Delestang—dijo el señor Béjuin, mirando al consejero de Estado sentado á la izquierda de Rougón.—Nunca les conozco con esos diantres de uniformes.

—Por mi parte yo no me voy hasta echar el guante á nuestro gran hombre—agregó el señor Kahn.—Es preciso que sepamos.

El presidente ponía á votación una interminable caterva de proyectos de ley que se votaban quedando sentados los que aprobaban. Los diputados, maquinaalmente se levantaban, se volvían á sentar, sin cesar de hablar y hasta sin dejar de dormir. El aburrimiento revestía tales proporciones, que los contados curiosos de las tribunas se eclipsaron. Tan sólo los amigos de Rougón se quedaban. Esperaban todavía que llegaría á hablar.

De pronto un diputado con correctas patillas de abogado de provincia, se levantó. Esto interrumpió en seco el monótono funcionamiento de la máquina de votar. Una viva sorpresa hizo volver todas las cabezas.

—Señores—dijo el diputado, de pie,—suplico que se me permita explicar los motivos que me han obligado á separarme, muy á pesar mío, de la mayoría de la comisión.

La voz era tan desapacible y tan extravagante, que la bella Clorinda ahogó una carcajada con las manos. Pero, allá abajo, entre aquellos señores, la admiración subía de punto. ¿Qué era aquello? ¿por qué hablaba aquel señor? Entonces, interrogándose unos á otros, concluyóse por saber que el presidente acababa de poner á discusión un proyecto de ley autorizando al departamento de los Pirineos orientales á hacer un empréstito de doscientos cincuenta mil francos, para la construcción de un Palacio de Justicia en Perpignan. El orador, consejero general del departamento, hablaba contra el proyecto de

ley. Aquello parecía interesante y se prestó atención.

Sin embargo, el diputado de las correctas patillas procedía con exquisita prudencia. Se venía con frases llenas de reticencias, en medio de las cuales se descolgaba con saludos y reverencias para todas las autoridades imaginables. Pero las cargas del departamento eran abrumadoras; y aquí trazó un cuadro completo de la situación financiera de los Pirineos Orientales. A parte de esto, la necesidad de un nuevo Palacio de Justicia no le parecía bien demostrada. Y de este modo estuvo hablando cerca de un cuarto de hora. Cuando se sentó, sentíase muy conmovido. Rougón, que había alzado los párpados, volvió á dejarlos caer lentamente.

Entonces llegó su vez al ponente, un viejecillo viaracho, que se expresó con toda claridad y lisura, como hombre seguro del terreno que pisaba. Empezó por dirigir algunas galantes frases á su honorable colega, con quien tenía la pena de no andar de acuerdo. No había más sino que el departamento de los Pirineos Orientales se hallaba muy lejos de encontrarse tan alcanzado como quería darse á entender; y, en apoyo de su aserto, rehizo, echando mano de otras cifras, el cuadro completo de la situación financiera del departamento. Por lo demás, la necesidad de un nuevo Palacio de Justicia, no podía ponerse en tela de juicio, y á este fin ofreció los necesarios detalles. El antiguo palacio se encontraba situado en un barrio tan populoso, que el rui-

do de las calles no dejaba que los jueces oyeran á los letrados. Además, era sobrado pequeño, en tal medida, que cuando los testigos eran en gran número, habían de quedarse en un pasillo de la escalera, lo que les exponía á ser el blanco de obsesiones peligrosas. El ponente dió fin, lanzando como argumento que no tenía vuelta de hoja, que el mismo guardasellos era quien había provocado la presentación del proyecto de ley.

Rougón no se movía; tenía las manos cruzadas sobre los muslos y el cuello apoyado contra el banco de caoba. En cuanto se hubo abierto la discusión, sus anchos hombros y sus robustas espaldas se ostentaban más pesados aún. Y, lentamente, al ver que el primer orador parecía dispuesto á replicar, enderezó su gran corpulencia, sin llegar á ponerse en pie, y dijo con voz pastosa esta sola frase:

—El señor ponente se ha olvidado de añadir que el ministro del Interior y el de Hacienda han aprobado el proyecto de ley.

Dejóse caer y se entregó de nuevo á su actitud de toro adormecido. Un ligero estremecimiento había corrido entre los padres de la patria. El orador volvió á sentarse y saludó inclinando la cabeza. Y la ley fué votada. Los escasos miembros que seguían curiosamente el debate, tomaron actitudes de indiferencia.

Rougón había hablado. De una tribuna á otra, el coronel Jobelin cambió un guiñar de ojos con el ma-

trimonio Charbonnel; en tanto que madama Correur se aprestaba á dejar la tribuna, como se deja un palco de teatro antes de bajarse el telón, cuando el héroe de la comedia ha soltado su última tirada. Ya el señor d'Escorailles y la señora de Bouchard habían desaparecido. Clorinda, en pie contra la balaustrada de terciopelo, dominando la sala con su soberbia estatura, envolvíase lentamente en su chal de encajes, paseando una mirada en torno al hemicíclo. La lluvia no azotaba ya los vidrios del vano, mas el cielo permanecía sombrío y amenazador con algunos nubarrones. A la incierta claridad, la caoba de los pupitres parecía negra; un oscuro vapor parecía extenderse por las gradas, en donde las calvas testas de algunos diputados destacaban blancas manchas; y, sobre los mármoles de los basamentos, bajo la vaga palidez de las figuras alegóricas, el presidente, los secretarios y los ujieres, colocados en hilera, ofrecían rígidos contornos de sombras chinescas. La sesión, en aquella claridad bruscamente desaparecida, parecía como que se ahogaba.

—¡Gran Dios! se muere una ahí dentro,—dijo Clorinda, impeliendo á su madre fuera de la tribuna.

Y espantó á los ujieres dormidos en el comedor, con la extraña manera como se había arrollado el chal á la cintura.

Abajo, en el vestíbulo, aquellas damas se tropezaron con el coronel Jobelin y con madama Correur.

—Lo estamos esperando,—dijo el coronel,—tal vez saldrá por aquí... De todos modos, he hecho

una señal á Kahn y á Béjuin, para que vengan á darme noticias.

Madama Correur se había acercado á la condesa Balbi, y, con acento de desolación, exclamó:

—¡Ah! ¡sería una gran desgracia!—Y no se explicó más.

El coronel alzó los ojos al cielo.

—Hombres como Rougón son indispensables al país,—repuso tras corto silencio. El emperador cometería una falta.

Y volvió á reinar silencio. Clorinda quiso meter la cabeza en la sala de «Pasos perdidos»; pero un ujier cerró bruscamente la puerta. Entonces volvió junto á su madre, muda bajo su velito negro. Y murmuró:

—Es atroz esto de esperar tanto.

Llegaron unos soldados. El coronel anunció que la sesión quedaba concluída. En efecto, aparecieron los Charbonnel en lo alto de la escalera. Bajaron con toda precaución, costeano la baranda, el uno detrás del otro. Así que el señor Charbonnel distinguió al coronel, le gritó:

—No ha hablado gran cosa, pero lindamente les ha cerrado á todos el pico.

—Le faltan ocasiones—contestó el coronel al oído del buen hombre, en cuanto estuvo cerca de él,—á no ser por esto, ya le oiría usted. Necesita foguearse.

En esto los soldados habían formado doble hilera, desde la sala de sesiones á la galería de la pre-

sidencia, que daba al vestíbulo. En tanto que los tambores tocaban la marcha, el cortejo se presentó. A la cabeza venían dos ujieres, vestidos de negro, llevando el clac bajo el brazo, la cadena al cuello y la espada con puño de acero al costado. Seguía después el presidente, á quien daban escolta dos oficiales. Cerraban la marcha los secretarios del despacho y el de la presidencia. Cuando el presidente pasó por delante de la bella Clorinda, le dirigió una sonrisa como hombre de mundo, á pesar de la pompa del cortejo.

—¡Ah! están ustedes ahí—dijo el señor Kahn, que corría azorado.

Y aunque la sala de los «Pasos perdidos» estuviese á la sazón prohibida al público, él les hizo entrar á todos y les dirigió al vano de una de las grandes puertas-ventanas que daban al jardín. Parecía hecho una furia.

—¡También ahora se me ha escapado!—murmuró. —Ha desfilado por la calle de Borgoña, mientras yo estaba al acecho en la sala del general Foy... Pero nada importa; de todos modos vamos á saber. He lanzado á Béjuin en seguimiento de Delestang.

Y tuvo lugar una segunda espera, durante diez largos minutos. Los diputados salían en actitud indolente, por las dos grandes cancelas de paño verde que resguardan las puertas. Algunos quedábanse atrás para encender un cigarro. Otros, en pequeños grupos, se paraban, riendo, cambiando apretones de manos. Entretanto, madama Correur

había ido á contemplar el grupo de Laoconte. Y en tanto que los Charbonnel echaban el cuello atrás para ver una gaviota que la burguesa fantasía del pintor había trazado sobre el marco de un fresco, como si volase del cuadro, la bella Clorinda, en pie ante la gran Minerva de bronce, se interesaba por los brazos y seno de aquella diosa gigante. En el vano de la puerta-ventana, el coronel Jobelin y el señor Kahn hablaban con animación en voz baja.

—¡Ah! aquí tenemos á Béjuin—exclamó el último.

Todos se acercaron alargando los rostros. El señor Béjuin respiraba fuertemente.

—Y bien, ¿qué hay?—le preguntaron.

—Pues bien, la dimisión ha sido aceptada; Rougón se retira.

Aquello fué una desgracia imprevista, y reinó un prolongado silencio. Clorinda, que anudaba nerviosamente una punta del chal para ocupar sus irritados dedos, distinguió entonces en el fondo del jardín á la linda señora de Bouchard, que andaba despacito del brazo del señor d'Escorailles, con la cabeza un poquitín inclinada sobre su hombro. Habían bajado antes que los demás, aprovechándose de una puerta abierta; y, en aquellas avenidas reservadas á las graves meditaciones, bajo el encaje de las nuevas hojas, iban paseando su ternura. Clorinda les llamó con la mano.

—El gran hombre se retira—dijo á la joven, que se sonreía.

La señora de Bouchard dejó bruscamente el brazo de su caballero, pálida y del todo seria; mientras que el señor Kahn, en medio del consternado grupo de los amigos de Rougón, protestaba, alzando desesperadamente los brazos al cielo, sin encontrar palabras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30815